



## El Obispo Erik Pohlmeier pide una respuesta justa y esperanzadora a la inmigración

14 de febrero de 2025

Estoy profundamente agradecido al Santo Padre por su atenta carta a los obispos y fieles de los Estados Unidos (11 de febrero de 2025), en la que reconoce la grave crisis a la que se enfrenta nuestra nación en materia de inmigración. Sus palabras nos recuerdan que las políticas basadas en la fuerza y no en la verdad acaban por no defender la dignidad humana y crean división en lugar de soluciones. Como católicos, estamos llamados a responder no con miedo, sino con fe, esperanza y amor.

Nuestro Santo Padre nos anima a ser conscientes de cómo hablamos y respondemos a la inmigración. En tiempos de incertidumbre, es fácil recurrir a una retórica fuerte para expresar preocupaciones sobre la seguridad, la estabilidad y la legalidad. Toda nación tiene el deber de proteger a su pueblo, pero también debemos reconocer que la gran mayoría de quienes buscan una vida mejor en Estados Unidos no son delincuentes, sino familias que huyen de circunstancias desesperadas.

La aplicación de la ley de inmigración es necesaria para nuestro país, ya que toda nación tiene el deber de defender el estado de derecho y garantizar la seguridad. Los obispos estadounidenses han reconocido esta realidad desde hace mucho tiempo, pidiendo constantemente una reforma migratoria que equilibre la aplicación de la ley con la justicia y la compasión. Es esencial un sistema bien regulado, pero también debe respetar la dignidad humana y proporcionar vías legales claras para quienes buscan un futuro mejor. Como católicos, estamos llamados a abordar esta cuestión no sólo como ciudadanos, sino como discípulos de Cristo, asegurándonos de que nuestras leyes y políticas reflejen tanto la necesidad de orden como el llamado del Evangelio a acoger al extranjero.

El Santo Padre también ha pedido que 2025 sea un **Año Jubilar de la Esperanza**, recordándonos que la esperanza está en el corazón de nuestra fe. En tiempos de miedo y división, la esperanza nos obliga a buscar soluciones enraizadas en el amor de Cristo. Nos desafía a ver más allá de las divisiones políticas, a reconocer la dignidad de cada persona y a trabajar por políticas que defiendan tanto la justicia como la misericordia. Muchos de nuestros feligreses - católicos fieles que se preocupan profundamente por su país- están luchando con preocupaciones sobre la inmigración. Otros, especialmente en nuestras comunidades hispanas, viven con miedo, inseguros de lo que les depara el futuro a ellos y a sus familias. Como Iglesia, reconocemos estas preocupaciones y queremos hablar directamente con ustedes, nuestros hermanos y hermanas en la fe, que sienten ansiedad y miedo. No están solos. La Iglesia está aquí para apoyarlos, caminar con ustedes y recordarles que la esperanza es más fuerte que el miedo.

Hemos recibido llamadas de miembros de nuestra comunidad que están preocupados porque Catholic Charities está ayudando ilegalmente a los inmigrantes a cruzar la frontera o no está respetando las leyes de inmigración de EE. UU. Esto simplemente no es cierto. Catholic Charities y otros ministerios de la Iglesia brindan asistencia humanitaria dentro de los límites de la ley federal de EE. UU., buscando defender el Evangelio al ofrecer refugio, comida, asistencia legal y recursos para ayudar a los inmigrantes a navegar por los canales legales adecuados. La Iglesia no aboga por fronteras abiertas, sino por un sistema de inmigración justo y humano que equilibre el estado de derecho con la dignidad de cada persona. El sistema actual a menudo deja a los migrantes en un limbo legal durante años, impidiéndoles participar plenamente en la sociedad. Una nación comprometida con el estado de derecho debe garantizar que sus leyes sean justas y viables, proporcionando vías legales claras para aquellos que buscan contribuir a nuestra nación.

Durante décadas, la Iglesia Católica en Estados Unidos ha desempeñado un papel vital en el reasentamiento de refugiados y la asistencia a migrantes a través del Programa de Admisión de Refugiados de EE. UU., una asociación que garantiza que quienes huyen de la persecución reciban una investigación exhaustiva, apoyo cultural y la oportunidad de reconstruir sus vidas. Desde 1980, la Conferencia de Obispos Católicos de EE. UU. ha recibido financiación del gobierno para llevar a cabo esta importante labor de reasentamiento, y la Oficina de Catholic Charities de la Diócesis de San Agustín ha estado atendiendo a refugiados desde 1982. Mucha gente no se da cuenta de que los refugiados a los que atendemos son identificados y examinados por el gobierno de EE. UU., un proceso que se ha mantenido constante tanto en las administraciones demócratas como republicanas durante 45 años.

Catholic Charities no se beneficia de esta labor; más bien, depende del apoyo público y privado para cumplir su misión de servir a los vulnerables. La inmigración es un tema que suscita fuertes emociones y preocupaciones, pero también afecta directamente a los miembros de nuestras propias comunidades parroquiales, -nuestros verdaderos hermanos y hermanas en la fe que ahora viven con miedo-. Como Iglesia, debemos reconocer estas realidades y ofrecer tranquilidad a quienes están inseguros. La misión de la Iglesia no es política, sino pastoral: proporcionar orientación, apoyo y cuidado a todos los que lo necesiten.

### **Un sistema de inmigración justo y humano debe priorizar**

Los siguientes principios se han extraído de “Catholic Elements of Immigration Reform” (Elementos católicos de la reforma migratoria), un documento del departamento de Servicios de Migración y Refugiados de los obispos de EE. UU. Estas prioridades reflejan el compromiso de larga data de la Iglesia con un sistema de inmigración justo y humano que defienda tanto la seguridad como la dignidad humana:

- **Una aplicación específica de la ley, que sea proporcional y humana** – Las políticas de inmigración deben proteger la seguridad nacional respetando al mismo tiempo la dignidad humana, evitando detenciones excesivas y separaciones familiares.
- **El debido proceso y protecciones humanitarias** – Los refugiados, los solicitantes de asilo y las víctimas de la violencia deben tener acceso a protección y vías legales para alcanzar la seguridad.
- **Un camino hacia la ciudadanía para los residentes de larga data** – Millones de personas indocumentadas, incluidos los Dreamers y los trabajadores esenciales,

contribuyen a la sociedad y merecen la oportunidad de solicitar un estatus legal.

- **La unidad familiar como piedra angular de la política de inmigración** – Las leyes de inmigración deberían fortalecer a las familias, no separarlas.
- **Vías legales amplias y fiables** – Un sistema de inmigración justo debe ofrecer canales legales accesibles y eficientes para aquellos que buscan trabajo, seguridad y reunificación familiar.
- **Abordar las causas fundamentales de la migración forzada** – La Iglesia hace un llamamiento a la cooperación internacional para resolver las crisis económicas, políticas y medioambientales que impulsan la migración.

### **Una invitación a reflexionar y actuar como personas de fe**

En la Diócesis de San Agustín, reconocemos que la inmigración es un tema complejo que despierta fuertes emociones, especialmente en tiempos de incertidumbre nacional. Muchos católicos desean, con razón, un sistema de inmigración seguro y ordenado, y la Iglesia afirma el deber de una nación de proteger a sus ciudadanos. Al mismo tiempo, nuestro Santo Padre nos llama a reflexionar sobre cómo respondemos a aquellos que se encuentran en situación de vulnerabilidad y temor. ¿Se aplican nuestras leyes con justicia y misericordia? ¿Vemos la dignidad humana de los migrantes antes que su estatus legal? ¿Estamos tratando a las familias, especialmente a los niños, de una manera que honre nuestros valores católicos?

No se trata de división política, sino del desafío de vivir nuestra fe con autenticidad. El Papa Francisco nos pide que no cedamos a narrativas que causan sufrimiento innecesario. Como católicos, debemos llevar nuestra fe a todos los aspectos de nuestras vidas, incluyendo cómo vemos y hablamos de la inmigración. Recemos por sabiduría, por nuestros líderes y por soluciones que respeten tanto el estado de derecho como la dignidad de todos.

El Año Jubilar de la Esperanza nos llama a poner nuestra confianza en Cristo y a actuar con esperanza que transforma los corazones y las comunidades. Para que tomemos en serio las palabras de Cristo: “Era forastero, y me acogiste” (Mt 25,35).

Que Nuestra Señora de Guadalupe, patrona de las Américas, interceda por todos los que buscan seguridad y un futuro mejor.



+Rvdmo. Erik T. Pohlmeier  
Obispo de la Diócesis de San Agustín